



CARLOS PÉREZ URALDE

‘Nueve reinas’

Los pueblos que no tienen arrestos para ajustar cuentas con los periodos más negros de su historia están inexorablemente condenados a repetirlos una y otra vez hasta el desastre final. Eso puede sucederles a los argentinos, que ante el asombro mayúsculo del mundo van camino de elegir para gobernar la nación a la misma caterva de sinvergüenzas que les ha llevado al despeñadero en las últimas décadas. Hay que frotarse los ojos y despejar las legañas para contemplar cómo quizá sea posible que gane las elecciones un bribón de la catadura de Carlos Menem, político corrupto e inútil donde los haya cuya única hazaña memorable fue la de recortarse las patillas unos milímetros antes de que le llegaran al cuello. La misma casta política que ha desbaratado el país, lo ha arruinado de manera fulminante y ha hecho de la corrupción, el cambalache, la mentira y el robo actividades tan cotidianas como la de lavarse los dientes, regresa a las poltronas para darle de nuevo la razón a Discépolo y su tango inmortal. Si pudiera hablarse en propiedad y con la anuencia de los psiquiatras de casos de masoquismo colectivo, en la República Argentina tendríamos uno de manual.

Unos amigos de aquel país que se han trasladado al nuestro huyendo de la quema me recomendaron hace tiempo que dejara por un momento al lado los libros, artículos y documentos que intentan explicar lo que sucede en Argentina y me sentara a ver la película titulada ‘Nueve reinas’, que tiene al prodigioso Ricardo Darín como protagonista. Así lo hice para constatar, primero, que se trata de una obra maestra del cine y para comprobar después que en apenas hora y media se puede resumir por qué las cosas han llegado a este punto lamentable sin necesidad de gruesos tomos de sociología. La película de Juan José Campanella narra a un ritmo frenético las andanzas de un sinnúmero de pícaros que engañan, roban, timan, fingen y traman con la naturalidad que se emplea en cualquier práctica cotidiana. No aparece en el filme, cuyo espléndido y sorprendente final no voy a desvelarles, ni un solo personaje honrado: desde las clases altas a las más bajas la honestidad brilla por su ausencia como si no hubiera existido nunca. Empezaron los políticos y el veneno se extendió de arriba abajo como una epidemia nacional. Por supuesto que de ‘Nueve reinas’ no se extrae la conclusión injusta de que todo ciudadano argentino es un ladrón, pero sí la de que aquel hermoso país necesita una regeneración ética urgente. Y esperar que esa regeneración venga de manos como las de los candidatos en presencia sólo puede ocurrirsele al más tonto de los tontos.

Catolicismo y moral pública

JOSÉ IGNACIO CALLEJA PROFESOR DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE VITORIA-GASTEIZ

Suongo con motivo, y más ahora con ocasión de la visita del Papa, que a muchos ciudadanos les sorprenderá la atención que la Iglesia Católica presta a la política, pero ¿tienen razón? Como actividad profesional u ocasional en torno al poder político y su conquista, como organización de una sociedad con la forma de Estado, o como implicación de todos con todos en la vida cotidiana, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, la política es tan inevitable como respirar. Podemos librarnos de pertenecer a un partido, a un sindicato o a cualquier otra asociación, pero no podemos evitar la política como trabajo, dinero, escuelas, hospitales, tráfico, limpieza, ruido, vecinos y todo lo que constituye la vida cotidiana. Esto es lo que hay: o lo tomas o lo hacen por ti, pero pasar de ello, en el sentido de evitarlo, es tan ingenuo como resistirse a que amanezca el siete de enero. Podemos ser más o menos partidistas, pero nunca ‘apolíticos’.

La politización de los apolíticos, por otro lado, suele ser la más temible de todas las formas de estar en la política: so capa de indiferencia, se acomodan en la defensa de lo que hay, postulan que lo que pasa es inevitable, que la sociedad no puede mejorar porque fue, es y será siempre igual de injusta. El resultado final es claro: los apolíticos son decididamente políticos; si se escudan en la negativa es porque no quieren ver lo que sucede, o porque lo que pasa les conviene. Ciertamente el día a día de la política profesional parece darles muchas veces la razón, pero su silencio es la primera condición para que todo siga igual; su profecía de que nada va a cambiar; termina cumpliéndose como fruto inevitable de su espíritu: la indiferencia y el individualismo solitario. Queriéndose librar de la política, convierten la realidad en una ideología de la inevitabilidad (lo que es, tiene que ser), en un conocimiento deformado de las cosas y deformador de cuanto miran. El apoliticismo es una ideología que funciona como unas gafas de saldo en los ojos de un miope: ve peor que sin ellas o, sencillamente, no ve.

¿Todo esto justifica, sin embargo, las posiciones morales de la Iglesia Católica en torno a cuestiones políticas? Pues según el modo, la materia y la oportunidad; cada caso es único. De hecho, la guerra todavía fresca de Irak, y la inminente visita de Juan Pablo II a España están adelantando un buen cúmulo de noti-



JOSÉ IBARROLA

cias que reflejan la reflexión moral sobre ciertas cuestiones políticas, según la percepción que de ellas tiene el catolicismo más oficial, y cuya máxima novedad, a mi juicio, radica en el temple o determinación con que la Iglesia lanza hoy sus exigencias morales ante las sociedades laicas y democráticas. A mi parecer, la argumentación utilizada sigue siendo la clásica en el tema. Hay una ‘ley moral natural’ que la razón y la fe descubren en el ser humano, cuando la libertad se entiende al servicio de la verdad. Fe y razón, tratándose de la dignidad fundamental de la persona, de sus derechos y deberes, siguen caminos coherentes y convergentes. La Iglesia es maestra acerca de esta experiencia. Su doctrina moral y social es inequívocamente legítima en una democracia, e inequívocamente obligatoria para los cristianos en política.

Si la determinación firme de la postrera moral política de la Iglesia es lo que más llama la atención, los temas de fondo no por repetidos o clásicos van a dejar de importarnos e importarnos. La relación entre libertad humana y verdad moral, o las cuestiones rela-

tivas a una ley moral natural, y la relación entre fe religiosa y razón humana al responderlas son todo menos casos cerrados en la filosofía moral y política; y no otra cosa puede decirse en teología moral fundamental. Su tratamiento, es obvio, requiere otro espacio y lugar, pero recocerlo es más honrado que callarlo.

Más inmediata y necesaria es la observación acerca de cómo hay mucha diferencia entre la denuncia, tan concreta y directa, que el catolicismo hace de los riesgos morales que corren la vida y la libertad de la persona, considerada ésta como individuo aislado, o en pareja, y los riesgos morales y quiebras que padece la vida humana individual, a partir de unas condiciones y estructuras sociales inhumanas. Justicia económica, democracia en todo y para todos, paz y bien común, se llevan su parte en la argumentación moral de la enseñanza moral cristiana, pero estamos lejos de emplear, todavía, la misma determinación que en la llamada moral personal.

Y sin embargo, tal y como las cosas evolucionan, la cuestión de los derechos humanos fundamentales no se juega menos en las estructuras sociales de la mundialización neoliberal, o en el uso y abuso de los mil recursos ‘del poder’ frente a las mayorías populares, o en el silencio cómplice de los acomodados del sistema, que en los clásicos desacuerdos de la moral católica con la cultura laica. Pienso que nuestra mirada del mundo desde Europa, seguramente con modos de vida austeros, pero culturalmente elitistas, ‘bienpensados’ y poderosos, no nos facilita la sensibilidad requerida para ver el mundo desde más abajo, desde el lado de las víctimas por nacer y de las víctimas nacidas. Las víctimas, las víctimas de cualquier lugar y causa, y las estructuras de injusticia que las multiplican, ésa es la experiencia y la denuncia que la ley moral natural impone como mandamiento primero. Acogerlas a todas en la mirada que lee y denuncia, decirlo frente al mundo de los satisfechos y poderosos de las democracias, y por supuesto de las dictaduras y el terrorismo, es tan urgente como lo que más y, a la vez, la condición de una verdad más universal e inclusiva, la única verdaderamente cristiana y eclesial.

El peregrino reincidente

MIGUEL ARANGUREN ESCRITOR

Con ocasión del quinto viaje de Juan Pablo II a España, he revisado un archivo de fotografías de aquella primera visita, en octubre de 1982. Aunque sólo forme parte de lo anecdótico, en aquella peregrinación en la que recorrió nuestra geografía de norte a sur, de este a oeste, recibió en el aeropuerto de Barajas la bienvenida del Gobierno en funciones de UCD. No deja de ser una metáfora de la eternidad de la Iglesia que, en sus sucesivos viajes a España, Juan Pablo II saludara a los mandatarios socialistas, así como que dentro de unos días reciba en Madrid a José María Aznar, que ya ha comenzado la cuenta atrás de su destino.

¿Quién se imaginaba, hace veintiún años, que aquel polaco sería testigo de excepción de nuestro devenir democrático? Por aquel entonces, los periodistas le llamaban ‘el atleta de Dios’, pues aún no había rebasado los sesenta años, dedicaba algunas jornadas del invierno al esquí y agotaba a su séquito en cada uno de los viajes apostólicos por el mundo. Sin embargo, después del atentado terrorista y sus primeros achaques de salud, era un riesgo augu-

rar un pontificado tan largo.

El tiempo ha venido a demostrar que los planes de Dios no comparten la lógica humana. Hace ocho años que las redacciones de todos los medios informativos aguardan la noticia del fallecimiento del anciano pontífice. Sin ir más lejos, en 2002, algunas voces exigieron la dimisión del Papa, al juzgar que su aspecto físico dañaba los cánones de este mundo cómodo que nos hemos fabricado. Sin embargo, a pesar de que no puede apenas caminar, de que las cámaras de televisión recogen el temblor de sus manos y hasta la saliva que mancha el altar de sus misas, Juan Pablo II no sólo mantiene el timón de la barca que le fue confiada, sino que continúa sus peregrinaciones por el planeta y su voz se alza, una vez más, como principal referente para la paz y la justicia.

¿Qué motivos animan al Papa a cargar sobre sus hombros la incomodidad de un nuevo viaje a España? Aunque durante los últimos meses ha recuperado un vigor sorprendente, le aguardan dos actos multitudinarios, de larga duración, así como un puñado de reuniones privadas. A tenor del ambiente paganizado de

nuestro país, en el que los organismos públicos, la televisión y buena parte de la cultura han borrado hasta la sombra de Dios, podríamos juzgar que Juan Pablo II viene a predicar en el desierto del bienestar. ¿Nos dicen algo su mensaje de búsqueda de Cristo, sus palabras sobre la autenticidad de la vida, su repetida defensa del hombre desde su gestación hasta la muerte natural? Es posible que muchos cristianos de vieja escuela, acomodados en un mal entendido ‘aggiornamento’, se incomoden ante este Papa que no quita de su boca la palabra ‘santidad’ como único remedio ante los males del hombre. También es posible que se deslumbren si siguen algunos de los actos programados, cuando contemplen a la multitud congregada en las calles de Madrid, para la que el Papa, a pesar de sus achaques y de su exigencia, es un referente de verdad.

Juan Pablo II sabe que nuestro país es cantera de santos, como lo demuestran las canonizaciones en la plaza de Colón de cinco personas aún muy cercanas en el tiempo. También reconoce que aquí están el germen y el corazón de muchos de los nuevos movimientos cristianos que han inundado de savia a la Iglesia ante el tercer milenio, y que la vida parroquial, poco a poco, va tomando bríos. A este peregrino reincidente, le bastan estas razones para volver a un país con el que se siente muy identificado.

www.miguelaranguren.com